

Adiós al Caballero de la Caza

El sábado 16 de febrero, tempranito, se retiró para siempre Carlos A. Canobbio. Antes lo había hecho con la caza, pero nunca con la conservación. Había fundado la Asociación de Caza y Conservacionismo en tiempos donde la palabra “conservacionismo” exigía una aclaración. Es que fue un cazador poco común. No sólo luchó para que sus pares invirtieran en proyectos de rescate de especies amenazadas, sino para que apuntaran a los ejemplares más defectuosos, porque, como bien decía, “no son menos”. Después de todo, él sabía que lo más importante para un buen cazador son las instancias previas al desenlace fatal: el examen práctico del conocimiento de la especie, el recuerdo de su rastreo fatigoso y la búsqueda paciente de ese animal viejo que se respeta pese a lo que digan los demás. Al menos él nunca ponderaba ese momento odioso del disparo final, que tantos enemigos y detractores le devuelven al cazador. Por eso, a los 87 años seguía denunciando (incluso, desde estas mismas páginas) que ya no quedaban muchos cazadores con mayúsculas (respetuosos de ley, honorables y comprometidos con la conservación), sino simples matadores.

Estas ideas, sumadas a anécdotas de viajes y libros de exploradores o viajeros (entre otros) le permitieron hacer un culto de la conversación. Solía convocar a una reunión intimista para ayudarlo a imaginar “cómo sería el mundo si dependiera de nuestra voluntad”. Siempre lucía impecable, elegante, caballeresco, refinado, y de buen y ácido humor. “El Emblemático”, “El Líder Espiritual”, “El Capitán” o “Don Carlos” emprendió su última expedición. Lo hizo acompañado por unas hojitas de sombra de toro (el árbol de su mayor amistad y veneración) y seguramente esa añeja esperanza de ver en sus pares a los grandes aliados de la conservación. Pocos como él desearon la eternidad a los montes con el esplendor de su fauna salvaje.

C. Bertonatti



↑ L. LÓPEZ